

**¿REFUGIO EN LO SAGRADO,
O FE EN DIOS PADRE?**

Josep Vives

"¡Buscadme a mí y viviréis!
Pero no busquéis a Betel,
no vayáis a Guilgal...
Buscad el bien, no el mal,
Para que viváis,
y que así sea con vosotros Yahvé Sebaot"

(Amós 5, 4 y 14).

La ola de la secularidad

Por la década de los sesenta los oteadores del momento religioso creyeron descubrir que el mundo occidental había entrado, al parecer definitivamente, en una nueva fase: la de la secularidad. Lo habían anunciado desde hacía años los profetas de los tiempos modernos, tales como Feuerbach, Comte o Nietzsche. Ahora parecía palpase que sus profecías se hacían realidad. El mundo, llegado a su "mayoría de edad", estaba en el trance de perder su fe infantil en un Dios trascendente, papá bueno y solícito tapagujeros, que en su amorosa providencia estaría siempre al acecho para resolver los problemas de los hombres, a condición de que éstos le rindieran homenaje de fidelidad con el cumplimiento de sus deberes religiosos. La fe en este género de Dios era resto de religión infantil, o reliquia medieval. Por otra parte, las meditaciones de prisión del infortunado D. Bonhoeffer sobre la necesidad de vivir en el mundo ante Dios "como si no hubiera Dios" parecían ofrecer hasta una plausible base teológica para una

nueva religión de la secularidad, que el obispo anglicano J. Robinson pronto popularizaría como la única manera con que el hombre moderno podía sentirse "sincero para con Dios".

El hombre llegado a su "mayoría de edad" ni podía creer que Dios se complaciera con sus actos de devoción y de culto, ni podía esperar que Dios acudiera a socorrerle en sus necesidades con sólo que se lo pidiera con oración ferviente y con costosas ofrendas y promesas. El hombre mayor de edad sabe que él tiene que arreglárselas como pueda en este mundo, sin esperar intervenciones sobrenaturales de Dios. Eso sí, sabe que tiene a su alcance los inmensos progresos de las ciencias y de las técnicas, mucho más seguros y eficaces que la hipotética ayuda que uno pedía antes a Dios y a sus santos. Sabe también que tiene derecho a recurrir a las ayudas del "Estado del bienestar", que posee poderosos sistemas organizados para ello, y del que puede esperar más eficacia que de las antiguas Iglesias, aunque para ello el Estado le esquilme con impuestos mucho más extorsionantes que los famosos diezmos eclesiásticos. El hombre moderno es racional y pragmático. Se siente autónomo y responsable de su destino. Busca la eficacia por los medios que tiene a su alcance, y ya no espera ayudas trascendentes. Si cree en Dios, sabe que no ha de esperar que Dios intervenga en favor suyo en este mundo, y que no tiene por qué importunarle con oraciones o actos de culto. Lo que Dios quiere de él es sólo que cumpla, lo mejor que sepa y pueda, sus responsabilidades en el mundo. Es un *hombre secular*: su religión es la del cumplimiento de la tarea mundana.

Pronto se preguntarían algunos por qué llamar a esto todavía religión; más aún, por qué creer todavía en Dios, y no sólo en el mundo. La teología de la secularidad había de llevar, casi inevitablemente, a la teología "de la muerte de Dios".

No pasó, con todo, mucho tiempo sin que los oteadores de la secularidad tuvieran que confesar que tal vez se habían apresurado en su pronósticos. Harvey Cox, autor del máximo *best-seller* sobre "La ciudad secular", se vio obligado a escribir al poco tiempo -con una honradez que le hace merecedor de respeto- "La fiesta de los locos". Resultaba que los hombres encontraban su antes cacareada "mayoría de edad" sumamente

aburrida: su pragmatismo, su sentido de la eficacia inmediata, su positivismo y su descuido de la trascendencia y de todo horizonte más allá de lo ya dado manipulable, aparecían ahora como un muro asfixiante y deshumanizador. Con su grito de "la imaginación al poder" el Mayo parisino del 68 -y sus ecos más o menos retardados en todo el mundo- llamaba a la revolución contra el gris pragmatismo secular. Si los dioses antiguos parecían muertos, había que dar entrada a nuevos dioses y nuevas llamadas a la trascendencia. Vino la avalancha de nuevas religiones y espiritualidades. Lo oriental irrumpía como novedad cargada de promesas de vida en un occidente como exhausto y moribundo de positivismo. El yoga, el zen, la meditación trascendental o el sufismo parecían abrir ventanas para liberarse de la asfixia y respirar de nuevo algo de sentido trascendental en la vida.

No es que los profetas de la secularidad quedasen del todo desmentidos. Los valores seculares, el positivismo, el pragmatismo, la inmediatez y eficacia y el disfrute de lo presente son efectivamente los determinantes principales del comportamiento del hombre occidental. Pero este hombre, que parecía satisfecho con su mayoría de edad y con su capacidad de ponerlo todo a su servicio, es un hombre que no acaba de sentirse feliz. Su existencia fácil está como corroída interiormente por una *malaise* y una insatisfacción profundas. Cada día se les ofrecen más cosas de las que puede disfrutar, pero con ello sólo parecen aumentar su insatisfacción, sus conflictos internos y externos y sus inseguridades individuales y colectivas.

El retorno a lo sagrado

No es extraño, pues, que a los profetas de la secularidad hayan sucedido nuevos profetas de la trascendencia. Y no sólo los de una trascendencia confusa y difuminada del género orientaloides, a la que hemos aludido. La tradición cristiana tiene suficiente vigor en sí misma y suficiente raigambre histórica en nuestro mundo para poder seguir insistiendo en sus propios valores en este momento de insatisfacción y de inseguridad colectiva. De hecho, parece que algunos de los responsables de las Iglesias han vuelto a respirar con alivio, después de la amenaza de una imparable ola de secularidad,

ante los síntomas de lo que se ha dado en llamar "el retorno a lo sagrado", con expresión que ya en sí misma puede hacer presentir toda suerte de ambigüedades.

Numerosos grupos, aunque puedan ser relativamente minoritarios, parecen despertar a una nueva sensibilidad para la trascendencia y para la fe explícita en Dios, purificada, eso sí, de las corrupciones más burdas y de las actitudes más patentemente alienantes, contra las que se había ensañado la ola secularista. Surgen por doquier grupos que pretenden recuperar el sentido de la oración, incorporando a veces, con más o menos acierto y coherencia, elementos de aquellos movimientos orientales, o recuperando simplemente las riquezas olvidadas de la antigua tradición cristiana. Se buscan nuevas formas de expresión comunitaria de la fe y de experiencia espiritual. Se adapta la liturgia -aprovechando la apertura iniciada en el último Concilio- y se crean nuevas maneras, más libres y más vivas, de compartir la fe. Los llamados "movimientos carismáticos" descubren entusiasmados una nueva presencia y actuación del Espíritu. Surgen por doquier "casas de oración", "desiertos", o "pustinas", a la vez que las antiguas instituciones monacales de hombres y de mujeres se ven concurridas por los que, por un tiempo más o menos largo, quieren compartir una experiencia espiritual que llega a fascinar al hombre perdido en su secularidad. Se organizan mil formas de convivencia, de retiros, de ejercicios espirituales, que, de ordinario tienen su público asegurado. Por otra parte se revaloriza el sentido del testimonio cristiano que decidida y explícitamente dé su rostro en medio del secularismo o permisivismo ambiental, y se organizan de nuevo grupos que quieren ofrecer este testimonio con presencia militante y activa decidida a influir en la sociedad.

Estos fenómenos, a los que podrían añadirse, sin duda, otros semejantes, son indicios de la reacción del hombre de la ciudad secular contra la asfixia espiritual que ella provoca. En este sentido sería necio minimizar su alto valor sintomático, aun cuando se trate de actitudes relativamente minoritarias. Pero se trata de fenómenos cuyo valor y sentido exactos han de ser analizados cuidadosamente, más allá de una apreciación ingenua de su faz aparente. Como he indicado, algunos han hablado de un "retorno a lo sagrado": ¿podemos decir sin

más que se trata de un verdadero retorno y recuperación de la genuina religiosidad cristiana? Podría ser arriesgado responder de forma generalizada en sentido positivo o negativo. Sin duda, muchas, y aun quizás la mayor parte, de las actitudes indicadas responden a un auténtico redescubrimiento de algunos de los valores más propios y genuinos del cristianismo. Lo cual no asegura siempre que esta recuperación se haga de una manera verdaderamente armónica y equilibrada, que, ni por un lado cargue de peso excesivo elementos relativamente secundarios, ni, por otro, deje de lado o al menos no valore debidamente otros elementos que son absolutamente irrenunciables en el cristianismo.

A mi entender, podríamos hallarnos enfrentados con los peligros que entraña toda situación de reacción, para no usar la palabra de moda "restauración". La reacción puede quedarse en la mera negación, o el mero intento de superación de aquello contra lo cual se reacciona. En nuestro caso, podría suceder que, frente al secularismo, se afirmara sólo un espiritualismo desencarnado; frente a la negación o infravaloración de lo trascendente, se afirmará simplemente la trascendencia de un Dios lejano que no se nos haría presente más que en momentos especiales de oración y de culto; frente al desamparo y vacío interior que el hombre perdido en la ciudad secular siente en lo más hondo de sí, podría suceder que se buscara un remedio dudoso en la simple huida de la tarea secular, en los famosos "tiempos fuertes" y "lugares de desierto", que podrían no ser más que momentáneos refugios de seguridad, lugares de descanso del guerrero, que siente que la lucha cotidiana se le hace imposible.

He querido escribir de propósito lo que antecede en forma condicional. De ninguna manera he pretendido sugerir que todas las formas de renovación religiosa que podemos constatar en nuestro entorno estén afectadas por vicios de planteamiento del género insinuado. No dudo de la autenticidad de muchas actitudes religiosas que indudablemente proceden de la acción del Espíritu, que jamás deja de hacerse sentir y de movernos. En verdad, no me sentiría capacitado para juzgar sin más tales o cuales actitudes concretas.

Simplemente me atrevo a decir, como a media voz, pero con el deseo de que pueda ser oída por aquellos a quienes

pueda concernir, que hemos de andar todos alerta para que no extraviemos nuestros ánimos y no volvamos a las andadas que nos perdieron: que la religiosidad que recuperemos sea la auténtica religión del único Dios vivo y verdadero, en obediencia de fe y de servicio, y no el tributo que paguemos a los ídolos de nuestros sentimientos y de nuestros deseos; que lo que oponamos al secularismo positivista y pragmático no sea una mera huida del mundo a tiempos concertados, ni una aceptación resignada de nuestras condiciones de vida mundana como mal inevitable, sino una responsable y gozosa acogida de nuestra tarea en el mundo que Dios ha puesto en nuestras manos para que le demos sentido y en él vivamos todos como hermanos e hijos suyos; que nuestro culto a Dios sea el culto que él quiere, en justicia y en verdad, y no la ofrenda fácil de lo que a nosotros nos complace. En una palabra, me atrevo a sugerir una voz de cautela para que no caigamos en la trampa de tomar el nombre de Dios en vano y adorar sólo a los ídolos de nuestras convivencias o de nuestros sentimientos; para que no recaigamos de nuevo en una religión alienante y alienada; para que de veras procuremos adorar y servir a Dios como él quiere ser adorado y servido.

Cómo encontrar al Dios verdadero

Se dice a veces que no basta con buscar a Dios: hay que ponerse a buscarlo donde él se encuentra. En forma más teológica esto significa que el hombre no puede pretender buscar a Dios meramente desde sí mismo, desde sus propias anticipaciones y esquemas de orden religioso, filosófico o social. En este caso difícilmente logrará superar la demoledora crítica de Feuerbach a los dioses que no son más que proyecciones al infinito de los deseos y anticipaciones de los hombres. A Dios hay que buscarle desde una postura receptiva y abierta a acogerle tal como él se nos manifiesta, aunque desborde todas nuestras anticipaciones y deseos. Porque, si Dios es Dios, es más que todo lo que nosotros podemos concebir y anticipar. Esto es el meollo mismo de la teología bíblico-cristiana, como teología de un Dios que se autorrevela gratuitamente a los hombres, haciéndoles "promesas" más allá de lo que ellos podrían esperar, interpe-lándoles a salir constante-

mente de sí mismos, ofreciéndoles superar los propios límites con la perspectiva de llegar a ser hijos de Dios y a participar en una inanticipable comunión con la misma vida divina. Lejos de ser el Dios feuerbachiano, que sólo sería el cumplimiento de las aspiraciones humanas, el Dios cristiano es el Dios que siempre saca al hombre de su cerrazón sobre sí y sobre sus intereses, abriéndole a una perspectiva gratuita e inesperada de comunión con él.

El Dios de la tradición bíblico-cristiana se presenta como creador libre del mundo y del hombre, al que hace "a imagen suya", libre y responsable para organizar su vida con sentido en el uso de las cosas mundanas. Es un Dios que quiere el bien de los hombres -de todos los hombres que son igualmente hijos suyos- conseguido en el ejercicio de su libertad, que él respeta. En este sentido ofrece -no impone- un "pacto" o "alianza" con los hombres que han de constituir "su pueblo". Es un Dios que, en esta forma, se hace solidario con los hombres, y que se constituye en protector especial de los más débiles -"el huérfano, la viuda, el extranjero"- frente a los abusos de los poderosos. Aunque inicialmente parece que su protección se restringe a un reducido "pueblo escogido", pronto se reconocerá que el Dios creador de toda la humanidad extiende por lo mismo su protección a todos los hombres: el localismo inicial israelita estaba intrínsecamente llamado a superarse en universalismo, como intuirán muy pronto los más antiguos profetas de Israel.

La solidaridad de Dios con todos los hombres tendrá su manifestación máxima en Jesús de Nazaret, que es creído como presencia de Dios mismo entre los hombres, en forma humana, renovación y consumación de su antiguo pacto y suprema oferta de comunión de Dios con la humanidad, hecha permanente con la continuada efusión del Espíritu de Jesús, que nos hace "hijos de Dios". Jesús, hijo propio y unigénito de Dios, y hermano nuestro, hombre como nosotros, nos revela a Dios como Señor de todo y Padre de todos; y autorizándonos a llamar a Dios "Padre nuestro" -no por derecho propio, sino por don de su Espíritu que nos da la posibilidad de llamarle así- nos hace clamar a Dios que "venga su Reino", que es el Reino en el que Dios es reconocido como Señor de todo y Padre de todos en la vivencia de una fraternidad real y

efectiva entre todos los que, por don del Espíritu, somos igualmente llamados a ser hijos de Dios. Por esto es el Reino en el que "se anuncia una buena nueva a los pobres" y afligidos, en el que éstos son objetos de "bienaventuranza", porque serán los más directos beneficiarios de la única Ley que Dios quiere hacer prevalecer: la Ley de la fraternidad en la filiación bajo un único Señor y Padre de todos, la de "amarnos como el mismo Dios nos ha amado", con amor efectivo, total, gratuito e incondicional, siendo así hijos buenos del Padre bueno "que hace salir el sol sobre buenos y malos y hace llover sobre justos e injustos".

Jesús, Hijo de Dios y hermano nuestro, fue el primero en cumplir, y con entrega suprema, este programa del Reino, invitándonos a "seguirle", a "imitarle". El no hizo distinción de personas, ni confirmó a los poderosos -religiosa, social o políticamente- en sus privilegios marginadores: acogió a los pobres, enfermos y marginados... No temió enfrentarse con los que ponían el cumplimiento de los preceptos rituales culturales o legales por encima del servicio de humanidad y de caridad. ("El sábado está hecho para el hombre, no el hombre para el sábado"; "Compasión es lo que quiero, que no sacrificios...") Es así como Jesús, en suprema manifestación de la solidaridad de Dios, su Padre, con los hombres, se vio llevado a afrontar la muerte de cruz, a manos de los que estimaban más el ritualismo y el legalismo que las exigencias de la fraternidad. Pero Dios le resucitó, como testimonio de que Jesús era de Dios y estaba con Dios, y de que Dios no estaba con sus sedicentes representantes religiosos, que no tenían sensibilidad para comprender el corazón del Dios-Padre, cuyo único deseo es "recuperar lo que se le había perdido" por los egoísmos pecaminosos de los hombres.

Reconozco que este sumarisímo esbozo de la autorrevelación de Dios en la tradición cristiana podrá parecer simplificador en exceso. Para usar palabras de San Pablo, no hay páginas que basten para describir "las insondables riquezas" del corazón de Dios. Espero, al menos, que no habré traicionado el sentido fundamental de su autorrevelación en Jesucristo, que no sería otro que éste: que Dios es Padre de los hombres, y que por eso es todo solidaridad, todo compasión, todo fidelidad, todo corazón, solícito para con los hombres. "La gloria de Dios

es la vida de los hombres y la vida de los hombres es el reconocimiento de Dios" en su paternidad solícita, hasta que lleguen a la visión y a la plena comunión con él, para hablar en paráfrasis de una conocida fórmula de San Ireneo.

Si volvemos ahora a nuestra pregunta inicial, ¿cómo buscar a Dios?, la tradición cristiana nos ofrece una inequívoca respuesta: Dios, Señor trascendente y absoluto de todo, se nos manifiesta como Padre solícito de los hombres, que nos interpela a vivir como hijos viviendo ante él y en el mundo en fraternidad real efectiva. A Dios se le encuentra encarnado en Jesucristo, hecho en él solidario con nosotros y hermano nuestro, e interpeándonos a la solidaridad y a la fraternidad. Según la tradición cristiana no puede haber otro lugar donde hallar a Dios, ni otro criterio para reconocerlo y para distinguirlo de los ídolos religiosos que podríamos construirnos: "Lo que hicisteis con uno de esos pequeños, conmigo lo hicisteis". "Si no amáis al hermano, a quien veis, ¿cómo decís amar a Dios, a quien no veis?" "La religión pura e inmaculada a los ojos del que es Dios y Padre es ésta: ayudar a los huérfanos y las viudas en su desgracia, conservándose a sí mismo incontaminado del mundo".

Ni temporalismo reduccionista ni religiosidad alienada

Desde este punto de vista podemos percatarnos del grave riesgo de pérdida de la identidad cristiana que podría darse si, ante el desafío de la secularidad moderna, se reaccionara sólo con intentos de "retorno a lo sagrado". Lo primero que debiéramos preguntarnos es qué es lo realmente sagrado en una óptica cristiana. Para el Dios que nos ha manifestado su solidaridad con los hombres -y singularmente con los más débiles y marginados- hasta dar su vida por ellos, seguramente son más sagrados esos hombres que todos los actos religiosos, los tiempos de oración o los lugares, ceremonias y utensilios de culto. Lejos de mí insinuar con esto que la oración y adoración, el culto y las celebraciones, los retiros o devociones no hayan de tener su lugar, necesario e imprescindible, en la vida de fe individual y comunitaria. Los hombres hemos de vivir nuestra fe en estas formas religiosas, alimentarla, expresarla, comunicarla y celebrarla con gozo y devoción ante Dios y en comunión con los hermanos. Pero ha de ser una fe en

el único Dios auténtico, que le reconozca como lo que es, Señor de todo y Padre de todos, en la vivencia práctica de la filiación en la fraternidad. San Pablo ya dejó dicho que sólo es fe viva y auténtica "la fe que se hace efectiva en la caridad".

Creemos, efectivamente, en el único Dios, Padre de Jesucristo y Padre nuestro, en la medida en que nos comportamos como hermanos. Y ése ha de ser el criterio que nos lleve a discernir si nuestros actos de adoración y de culto nos "religan" realmente al Dios verdadero, Padre de todos, o no son más que evasión alienante, "opio" religioso de dioses ilusorios con el que nos drogamos autosatisfechos. Creer no es evadirse a un mundo de ensueño, huyendo de las responsabilidades del mundo concreto y real: al contrario, es asumir la responsabilidad que Dios nos ha confiado de hacer de este mundo concreto nuestro un mundo en el que Dios sea efectivamente reconocido como Padre de todos comportándonos como hermanos. De otra suerte podría sucedernos que oyéramos de Dios lo mismo que reprochaba por el profeta: "No sigáis trayéndome oblaciones vanas, que el humo de vuestro incienso me resulta detestable... Aprended a hacer el bien, buscad la justicia, dad sus derechos al oprimido..." (Is 1, 13 y 17).

No parece acertado que, ante la nueva conciencia del valor de lo secular que tiende a convertirse en secularismo que lo reduce todo a lo temporal y tangible, se reaccione con un mero "refugio en lo sagrado" trascendente y transmundo. Hay que asumir e integrar la parte de verdad que hay en la afirmación de la secularidad, que no es otra que la constatación de que nuestra relación de hombres libres y responsables para con Dios se juega en *el terreno de este mundo*, en la tarea de dar a nuestra existencia mundana el sentido que Dios-Padre quiere que tenga, en el esfuerzo para que "venga su reino y se haga su voluntad así en la tierra como en el cielo", para que de verdad podamos invocarle como "Padre nuestro", y no hagamos de esta invocación una falsedad intolerable. Dios nos ha hecho corresponsables con él de llevar a término su designio de ser Padre de todos: un designio que es todo don gratuito de Dios, pero que nos interpela a una fraternidad que hemos de hacer como tarea nuestra.

La autenticidad de nuestra fe se juega, pues, en el terreno mundano, temporal y secular de la construcción de una convi-

vencia fraterna. Pero ello no implica la reducción del reino de Dios a las meras dimensiones mundanas y socio-temporales. Hay que asumir que nuestra fe se juega en la secularidad, pero no queda reducida a sus dimensiones. De ninguna manera podemos reducir el cristianismo a una estrategia socio-política: al contrario, el cristianismo nos descubre la dimensión auténticamente trascendente del hombre que desborda toda consideración meramente socio-política, para decirnos que el hombre -todo hombre, toda vida humana- tiene un valor absoluto, porque es objeto del amor incondicional de Dios Padre, Señor absoluto de todo, que nos interpela a amar y respetar absolutamente a todos aquellos que él adopta como hijos. Es en el amor y respeto absolutos al hombre concreto -que se manifestará en la conducta en el orden temporal y socio-político- donde se manifiesta la autenticidad de nuestra fe en el Dios trascendente, el Padre "que está en los cielos", y que desde los cielos hace que lo que se obra en la temporalidad esté "cargado de un peso inmenso de gloria eterna" (2 Cor 4,16).

El cristianismo no es compatible ni con el reduccionismo temporalista de un secularismo a ultranza, ni con la evasión que busca refugio en un "sagrado" trascendente. Al fin, es la religión del Dios encarnado, del Dios solidario con los hombres en este mundo hasta la muerte, que no puede menos que reclamar que amemos a los hombres en este mundo como el los ha amado.